

Bajo los sauces de su tumba fría
 Inmortales se harán, pues su alto ejemplo
 Tal reguero de luz deja, que nadie
 Se atreverá á seguir sus nobles huellas
 De la inmortalidad al santo templo.

El amaba la Patria ; mas la Patria
 No era sólo para él la hermosa tierra
 Que, como con un velo,
 Arropa el combo cielo,
 Y reverente encierra
 Las cunas de los hijos y las tumbas
 De nuestros padres caras ;
 Que en su seno también firmes reposan
 De nuestro Dios las bendecidas aras :
 Y fue así como en su hora soberana,
 Pronto á dejar el mundo,
 Se envolvió en la Bandera Colombiana,
 Y con amor profundo
 Pronunció, lleno de esperanza, el nombre
 Del que murió por libertar al hombre.

JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ

DISCURSO

del Sr. Presbítero D. Jenaro Jiménez, colegial y Vicerrector del Colegio del Rosario, en la fiesta con que el Claustro celebró el Centenario de la Independencia

Imposible declinar el honor que se ha dignado discernirme el Sr. Rector del Colegio de Nuestra Señora del Rosario, nombrándome para que lleve la palabra en el acto literario con que el celeberrimo Instituto celebra la más gloriosa fecha que anotan sus anales en su vida larga ya de tres siglos.

Bien sé que cualquiera otro, si se atiende al saber y al entendimiento, tendría más aptitud para dar cima á tanta empresa y salir airoso con algo digno del alto fin que nos congrega ; pero no me resuelvo á ceder á nadie en el entusiasmo que me inspira la celebración de nuestra Independencia, en la veneración que me producen los Padres de la Patria.

Palpita, lleno de vida, en estos claustros, el amor á la Patria. ¿ Y cómo habría de ser de otra manera si se ha llamado, y con razón, este Colegio cuna de la República ? Hoy le toca en suerte inaugurar la serie de festejos que se han venido preparando, circunstancia que mira el Colegio como un título nuevo que ha de estrechar el vínculo que le liga á su madre Colombia.

En el año pasado, al contemplar de lejos los primeros albores de este día, sintió conmoverse hasta en sus cimientos, con él se estremeció de júbilo la nación, y se reunieron sus hijos para levantar, en la planta principal del edificio, la imagen del Fundador, del autor sapientísimo de las Constituciones que tan poderosamente influyeron desde el primer momento en los destinos de la nación ; del que, difundiendo con su obra las luces del saber, echó la semilla que debía producir en tiempo oportuno hombres que llevaran, con mano prudente y vigorosa, las riendas del Estado ; del que, templando, con la virtud aquí enseñada, las voluntades, preparaba los héroes de la transformación política.

Ya podemos celebrar esta fiesta en presencia del Fundador y amparados por él, pues parece haber querido salir entonces de su sepulcro para participar hoy de nuestras emociones ; para augurarnos una nueva centuria de paz y de grandeza, para estrechar más la unión entre todos y excitarnos á trabajar con nuevos alientos por el mayor brillo de la República, necesitada como está de nueva vida, de nuevo espíritu ; como vino, al acercarse el 20 de Julio de 1810, en hombros de sus hijos, á acompañarlos en la

hora de prueba, al humilde monumento en que fue colocada en la capilla, desde donde los vio emprender el viaje postrero, bendecidos y alentados por él, unos al cadalso á conquistar la palma del martirio, otros al campo de batalla á cubrirse de gloria inmarcesible.

Y ellos también nos acompañan hoy: vemos sus retratos, conservados en lienzo que el tiempo no ha sido osado á destruir, sentimos que sus sombras vagan por aulas y pasillos, confundidos en dulce consorcio los vivos con los inmortales espíritus de los muertos. Y toman parte al lado nuestro, en esta fiesta; verán, es cierto, la desproporción que media entre la pequeñez de lo que podemos realizar y la magnitud del acontecimiento que, efusivos, conmemoramos; pero participarán del júbilo que nos anega; verán á lo menos que corre por nuestras venas la misma sangre que enardecía las suyas, que no hemos bastardeado de la divina virtud del patriotismo que los condujo á ellos á rendir el sacrificio de su vida, y no se desdeñarán de llamarnos hermanos y compatriotas; tanto menos cuanto más echan de ver hoy en nosotros el vínculo apretado que nos enlaza: el amor á la Patria, el amor, que es virtud unitiva, y descuella por encima de accidentales diferencias, de encontrados, pero honestos pareceres.

He dicho que el patriotismo es virtud divina, recomendado por Dios, inculcado por Jesucristo con ejemplos y palabras, infundido por El, y tanto más intenso y más hermoso cuanto más exenta de error se encuentra el alma en quien reside, cuanto más limpio de exaltadas pasiones palpita el corazón. Virtud generosa que ha llevado al hombre, desde el comienzo de los tiempos, á las más bellas acciones, que ha creado las palabras más elocuentes que hayan brotado de labios humanos y que es como el principio vital de las naciones; virtud que está arraigada en lo más hondo del corazón humano, que crece y se robustece con el aire que respiramos, con la luz que nos alumbramos, con la vista é íntimo trato de la naturaleza, con la compañía de



Camilo Torres

los seres amados ; que se connaturaliza en nosotros al recuerdo de los hechos de los antepasados, que la prosperidad acrecienta y que no es menguada con los casos adversos.

Y esta virtud que nos impele en todo tiempo á sacrificar por la patria “bienes y fama y gloria y dicha y padre,” es la que desbordando de nuestros pechos en estos días venturosos, nos une á todos para elevar un himno de cuatro millones de voces, que llena, armonioso y solemne, los ámbitos del suelo patrio. Y este himno espontáneo es la glorificación del patriotismo, que, encarnado, para ejemplar eterno, en los próceres de nuestra Independencia, resurge hoy, con el recuerdo que de ellos hacemos, captando nuestra admiración y provocando imitación de parte nuestra.

Ellos, por la Patria, no vacilaron un punto en derramar á manos llenas sus caudales, sujetándose á saborear el duro pan de la indigencia, ó se arrancaron de los brazos del amor para volar á los sangrientos campos de la muerte y del exterminio, ó marcharon al patíbulo, radiantes de felicidad porque les era dado ofrendar á la Patria el testimonio más alto de su amor, dando por ella la vida.

Quisiera disponer de espacio suficiente, y más aún de dotes, para hablar de todos y de cada uno de nuestros padres ; pero fué de que asunto tan vasto no cabe en los estrechos límites de un discurso, y de que es más para tratado en los dilatados linderos de la epopeya ; fué de que se requiere la perfección artística del genio, para reproducir la sublimidad de su belleza, temo que lo que de los unos dijere viniera á amenguar la gloria de los que dejara de nombrar, y que la apoteosis de los más conocidos asombrara el brillo del número mayor de los patriotas cuyos nombres no registra la Historia, pero que guarda en su seno el suelo de la Patria, con religioso acatamiento, junto con las cenizas teñidas aún con la sangre que por ella vertieron en diversos campos de batalla.

Limitome á contemplarlos, como estrellas resplandecientes en el azulado firmamento, diferentes en esplendor y tamaño, y por eso más hermosos en su conjunto, como focos de luz, como estrellas de orientación en los momentos difíciles.

Mas no son los brotes del patriotismo que, escapados en palabras aladas, salvando los lindes del patrio suelo, van á ser participantes de nuestro júbilo á las naciones vecinas, y que llevarán á las más apartadas regiones del orbe el eco de nuestras glorias, el único medio de celebrar la Independencia. Algo más duradero hacemos: en nuestras plazas y avenidas, en la capital y en aldeas escondidas en las quiebras de las montañas, levantamos triunfales columnas, estatuas que eternicen el recuerdo de las virtudes de nuestros hombres y la fama de sus hazañas y anuncien nuestras glorias á las generaciones futuras; plumas bien cortadas levántanles monumentos más duraderos que el bronce, y por todas partes tendemos rieles y allanamos caminos, para alcanzar una unión material y moral que aumente nuestra fuerza y nos permita luchar, como un solo hombre, en la conservación de la soberanía nacional. Una sola cosa nos faltaba, un monumento era preciso levantar para la práctica celebración del Centenario, el tributo más grato á los próceres, el que ellos nos estaban reclamando hacía ya tiempo con insistencia rayana en mandato; y abrigo la esperanza de que ese monumento indispensable, y sin el cual los otros poco valen, quede en estos días erguido sobre roca firmísima, y desafiando impávido los rayos y los huracanes deshechos, levante sus blanquísimas columnas hasta el cielo. Ved ese hermoso edificio fabricado de todas las voluntades de los colombianos; el amor patrio ha labrado, ha pulido, ha dado lustre á esas piedras de crecido valor, enantes heterogéneas y aun de contrarias energías que hoy, sin perder su fuerza de cohesión y resistencia, sin despojarse de su nativa solidez; perdiendo sí las aristas y sinuosidades que hacían la juntura irrealizable, se estre-

chan maravillosamente, se amalgaman, se confunden en un todo armónico, sublime. Y es que al terminar la primera centuria de nuestra vida libre, hemos contemplado con luz clarísima, no diré la inutilidad, la pavorosa locura de nuestras luchas pasadas; ningún provecho y sí un acervo de males nos han legado, males que hoy debemos olvidar y cubrir con denso velo, ó enterrar hondamente bajo los cimientos del edificio que acaba de levantar la heroicidad del patriotismo; pero que hemos de deplorar tan eficazmente, que las armas en mala hora, teñidas en sangre hermana y animadas por el odio yazgan cubiertas de herrumbre para siempre.

Permitidme repetir aquí las vibrantes palabras del hombre más patriota, del hijo más ilustre del Colegio del Rosario, de Caldas, el eximio; palabras pronunciadas al inaugurarse la Suprema Junta el 21 de Julio de 1810, cuyo eco no extinguido resuena de uno á otro extremo del suelo colombiano y que son la expresión del alma de la entonces naciente República, el primer grito que lanzó á los aires el día de su aparición entre los pueblos libres: "Gran ¡Dios! ¡Cómo reconoceremos dignamente estos beneficios debidos á tu bondad! Tú nos salvaste de las manos de nuestros enemigos, sálvanos ahora de nuestras pasiones. Inspíra dulzura, humanidad, moderación, desinterés y todas las virtudes en nuestros corazones; tranquiliza nuestros espíritus; reúne las Provincias, forma un Imperio de la Nueva Granada. Nosotros te adoraremos en él; nosotros cantaremos tus alabanzas y te ofreceremos el sacrificio de nuestros corazones, el más grato á tus ojos."

Si volvemos nuestras miradas al Padre de la Patria, cuya estatua señorea en la plaza principal, nuestra ciudad y República, verémosle con la actitud que nos revela su espada, inclinada al suelo, apaciguando las pasiones disociadoras y excitándonos á no tener otro ideal que el adelanto que realizan la Libertad y el Orden. Estas palabras grabadas no al acaso, sino sabiamente en nuestro escudo, nos se-

ñalan un amplio campo donde hacernos grandes como hombres y como nación: la Libertad, que deja en asuntos opinables suelto juego á la culta expresión del pensamiento; que amplia y benigna acoge con bondad á los que yerran ó nos parecen errar, que acata con respeto los fueros de que gozan los demás y que no debe chocar entre seres racionales; el Orden que asigna su lugar, para formar un todo, á las variadas partes que lo constituyen, que fija y limita la esfera de acción de cada cual, que pone en armónica relación los derechos y deberes, entre grandes y pequeños, ricos y pobres, sabios é ignorantes, poderosos y súbditos.

Huélgame en pensar que estos son los sentimientos que palpitan hoy en todo pecho colombiano, porque son los de los próceres, que pudimos olvidar en un momento de ofuscación, pero no para siempre é irremisiblemente, porque son los dictados de una experiencia secular, y porque hoy, más que nunca, nos sentimos seres racionales y nos damos el abrazo de hermanos y compatriotas. ¿Qué importan las diferencias de accidentes; qué importa que vistan unos el encarnado uniforme y lleven otros negros talaras, si los unos y los otros son hermanos, defensores de la madre común; si todos son hombres dignos de mutuo respeto y llamados á disfrutar según sus gustos, conformados con los preceptos divinos, de los beneficios de la vida?

Como departen los hijos, que venidos de diversas regiones á donde los había lanzado la fortuna, se congregan para celebrar, al rededor de la madre, las clásicas fiestas de familia; y olvidadas accidentales contiendas, sólo tienen voces de benevolencia y de cariño, y los embarga un pensamiento: el amor que los congrega; así nosotros sólo hallamos palabras de enhorabuena, se refleja en nuestro rostro la alegría y nos dominan el amor y el entusiasmo.

Mas no sé porqué, inobediente la palabra al pensamiento, no acierta á expresar lo que se siente en los momentos de regocijo supremo. ¿Y cómo patentizar, en realidad, el

gozo inenarrable que produce el recuerdo de la adquisición de la anhelada libertad; la entrada en el goce de los derechos de hombres y ciudadanos? No hay dón después de la consecución de la patria del cielo, más digno de eterna gratitud que el que Dios hace á un pueblo dándole la posesión de sus derechos y formando la patria de la tierra.

Gracias, pues, á Dios, que amparó con brazo fuerte y dio ardimiento á los próceres de la Magna Guerra y guió sus pasos de victoria en victoria hasta concederles contemplar, ondulando sobre las cimas de los Andes, la bandera tricolor. ¡Gloria y loor á la falange de mártires en buena hora nacidos; dilátese su fama de uno á otro extremo de la tierra; prólonguese el brillo de sus virtudes más allá de los siglos. Viva eternamente en nuestros pechos la gratitud y admiración con que hoy los contemplamos. Frescas y siempre verdes osténtense en las sienas de los guerreros libertadores las coronas de mirto y de laureles que merecieron en mil combates; flote en sus manos el pabellón nacional, siempre limpio é inmaculado, y no se borre ni la más pequeña línea de su escudo con tantos sacrificios trabajado, mientras nosotros, envueltos en los pliegues de ese glorioso estandarte, seguiremos, al amparo de Dios, con paso firme y seguro, el camino del progreso, al frente de las naciones del mundo americano.

¿POR QUÉ VENCIMOS?

PARA EL CENTENARIO DE BOLIVAR

Un mundo sueña Colón;
Y agobiado con su idea,
Peregrinando golpea
En una y otra nación.

Mas con desprecio profundo
Su ofrenda se desechó,
Y sólo España aceptó
Para su corona un mundo;